

Van Dyke

Da miedo mirar algunos finales por mucho que los adorne una canción de Coldplay

MARTA SAN MIGUEL



A veces no tengo claro qué hacer con los videos o anuncios que empiezan a llegarnos estos días prenavideños; no sé si nos quieren ablandar, si nos quieren empáticos, imbéciles, si quieren motivarnos, enseñarnos, aplastar nuestro gusto musical o hacernos hábiles para los vínculos emocionales, aunque sean vínculos de pegar con velcro. Hay algo hermoso y cínico en dejarse vencer por lo que desprenden los anuncios de turrónes o de embutido o de lotería: venden emoción y de paso su marca, hasta ahí el pacto. Pero esta vez no tengo claro qué pretende vender el videoclip que ha lanzado la banda de música británica Coldplay, en el que rinde homenaje a un actor al que muchos apreciamos por lo que representa: Dick Van Dyke, o lo que es lo mismo, el deshollinador de la película 'Mary Poppins'.

Envejecer como Van Dyke tiene que ver con algo en su sonrisa. Es la misma de cuando cantaba entre las chimeneas de Londres con escobas coreografiadas o a lomos de un caballo de tiovivo galopando por el cuadro que él mismo había pintado, solo que ahora esa sonrisa la enmarca la barba blanca de un hombre que, este viernes, cumplirá 99 años. ¿Qué proyecta en nosotros la sonrisa de un nonagenario? Más de un millón de visualizaciones después, el videoclip sigue sonando a despedida, aunque ellos lo llamen homenaje. La canción celebra la vida del actor poniendo un estribillo dulzón y blandito sobre qué es el amor, con el piano de Chris Martin haciendo coros, y aunque te pueden dar más o menos pudor estos actos musicales entre lo admirativo y lo cursi, hay algo que me intriga de esta pirotecnia emocional por lo que subyace: el video te hace mirar el sentido de un final, y eso asusta, porque algunos finales acojonan aunque los adorne una canción de Coldplay.

Durante siete minutos, el video intercala declaraciones, tomas falsas, la actuación musical y muchas sonrisas, pero lo que en realidad te pone delante de las narices es lo que Van Dyke ha vivido y ya no está: las fotografías en blanco y negro con la infancia de sus hijos, su propia juventud, la lozania, la mirada de su mujer, los proyectos profesionales, las casas a las que se mudaron; instantáneas que te llevan a lo que ha terminado porque la vida, al suceder, se ha transformado en otra cosa. «Soy muy consciente de que puedo irme en cualquier momento, pero en realidad no me preocupa», dice Van Dyke en una secuencia. «No tengo miedo, tengo este sentimiento de que voy a estar bien», y viéndolo bailar con un elegante traje blanco pues te lo tienes que creer, aunque lo que nos estén vendiendo no queramos comprarlo. Ni pensarlo siquiera.

La prueba del elefante rosa

DEREK ARNOLD Y LOREN N. BOUYER

Professor, School of Psychology; PhD Student, Neuroscience. The University of Queensland

Algunos individuos, incluidos los que padecen afantasia, pueden bloquear los pensamientos visuales involuntarios

Dile a un hombre que no debe pensar en un elefante rosa y no podrá quitarse a esa bestia de la cabeza!»

Esta cita, extraída de la novela de Curt Siodmak 'City in the Sky' (1974), describe lo difícil que puede ser reprimir nuestros pensamientos. «No piense en un elefante rosa» se ha convertido en un ejemplo clásico de lo difícil que puede ser evitar intencionadamente la representación de una imagen en nuestra mente. Las investigaciones sugieren que muchos de ustedes, tras haber leído sobre un elefante rosa, habrán imaginado ver uno. Sin embargo, algunas personas, como quienes firmamos este artículo, tenemos afantasia: no podemos llevar a cabo esas representaciones. Por eso nos confunde la idea de que otras personas puedan imaginar visualmente cosas que no existen.

En un nuevo estudio, hemos encontrado pruebas de que el problema del elefante rosa no es universal. Algunos individuos, incluidos los que padecen afantasia, pueden bloquear los pensamientos visuales involuntarios.

Quienes sufrimos afantasia no podemos contemplar cosas voluntariamente en el 'ojo' de nuestra mente. Si nos piden que no pensemos en un elefante rosa, no lo visualizaremos porque somos incapaces de hacerlo. Este fenómeno suele describirse como un déficit. Cuando alguien se entera por primera vez de que lo padece, suele disgustarse al darse cuenta de lo que se pierde. Por ejemplo, podría ser agradable imaginar a los personajes descritos en un libro, o visualizar a un ser querido ausente. Sin embargo, los déficits suelen compensarse con beneficios. Algunos estudios sugieren que las personas con afantasia (o afantásicos, como se nos llama a veces) podemos ofrecer estar más protegidos contra los pensamientos intrusivos involuntarios.

Otra forma de verlo es que los afantásicos formamos parte de la diversidad natural de las mentes humanas, dotadas

con diferentes capacidades de visualización. La mayoría tiene una capacidad media, mientras que un pequeño número de personas posee una aptitud extremadamente fuerte para la imaginación visual y otras, ninguna en absoluto.

En nuestro nuevo estudio, analizamos la relación entre la intensidad de la imaginación visual y la tendencia a visualizar, incluso cuando se intenta no hacerlo. Según nuestros resultados, los individuos con una imaginación visual intensa eran más propensos a experimentar visualizaciones involuntarias, y pudimos predecir estos resultados midiendo la actividad cerebral.

Algunas personas disfrutaban imaginando escenas detalladas siempre que lo desearan. Sin embargo, esto parece tener como contrapartida la imposibilidad de desactivar estas experiencias. En cambio, la mayoría de las personas visualizan imágenes menos vibrantes, pero parecen ser más capaces de suprimir esos pensamientos.

¿Tienen los afantásicos mentes tranquilas? Es poco probable que los afantásicos experimenten visualizaciones involuntarias. ¿Significa eso que tienen

mentes más tranquilas? En nuestro estudio, las personas que declararon tener poca imaginación eran menos propensas a ver cosas en las que intentaban no pensar. Sin embargo, eran más proclives a afirmar que su mente divagaba.

Si esto caracteriza a los afantásicos, en lugar de visualizar las cosas en las que se nos dice que no pensemos, podemos pensar en otras cosas, como qué hay para cenar. Así que no tendríamos mentes más tranquilas, sólo una resistencia a pensar en cosas que estamos intentando apartar de nuestra mente. Por nuestra propia experiencia, podemos confirmar que al menos algunos afantásicos tienen mentes que divagan. Pero cuando esto ocurre, ninguno de nosotros imagina ver cosas.

Cuando la mente de Derek divaga, se imagina escuchando y participando en conversaciones puramente auditivas. Como soñar despierto suele asociarse a la visión, no se dio cuenta hasta hace muy poco de que estas conversaciones imaginarias podían describirse como su experiencia de soñar despierto. Por su parte, Loren no puede visualizar ni oír cosas en su mente. Ella experimenta sus pensamientos como sensaciones de textura y percepciones imaginarias de movimiento. Es lo que siente cuando su mente divaga.

¿Es la afantasia un escudo contra los traumas?

Tal vez. Aunque nuestros datos sugieren que las personas con afantasia son menos propensas a experimentar visualizaciones involuntarias, será necesario investigar más para averiguar si somos resistentes a revivir traumas o si éstos simplemente desencadenan distintos tipos de experiencias imaginarias.

Lo que está claro es que Siodmak se equivocaba: si se le dice a la gente que no debe pensar en un elefante rosa, algunos de nosotros nos alejaremos de esa bestia y pensaremos en otras cosas. ¿Qué hay para cenar?



C7

DESDE MI SOFÁ

'Memorias'

VICTORIANO S. ÁLAMO

Periodista



Hay libros que son como las apariencias. A veces, engañan. Parece que abordan cuestiones simples, anecdóticas, pero en el fondo tienen peso y de forma velada abordan cuestiones importantes con la lucidez suficiente para sobrevivir al paso del tiempo. Dentro de este ámbito se podría incluir a 'Memorias. De Moscú al mar Negro', de Teffi, que ha editado recientemente en España Libros del Asteroide, con una tra-

ducción del ruso al castellano a cargo de Alejandro Ariel González.

La escritora Nadezhda Alexándrovna Lóvjvitskaya (San Petersburgo, 1872-París, 1952), que tenía el pseudónimo de Teffi, era una estrella de las letras en la Rusia de los zares. Hasta tal punto llegaba su fama que había caramelos y perfumes que llevaban su nombre.

En este libro de memorias lo que relata es su salida de Rusia durante la revo-

lución bolchevique con destino a Constantinopla. Aquel golpe de Estado acabó con el régimen feudal que imperaba en este gigantesco país para abrir las puertas a la dictadura comunista. Más allá de la clara posición que toma Teffi en favor del status quo que salta por los aires de la mano de los bolcheviques, estas 'Memorias' cuentan con dos aspectos que le otorgan valor. Por un lado, es un ejercicio de escritura brillante y preciso. Teffi narra lo que vive y las atmósferas que atraviesa con tanta lucidez como ironía. Por otro lado, se trata de un relato cargado de contenido histórico que sirve para entender aquel momento, nuestro presente y el futuro. Muchos de los personajes y vivencias se pueden trasladar a cualquier conflicto bélico contemporáneo. Solo hay que ajustar algunos matices.